

ENSAYO

EL SUBDESARROLLO REEXAMINADO*

Peter L. Berger **

Este ensayo no es sólo una reflexión sobre los caminos que acercan o apartan a los países de los objetivos del desarrollo. También es el registro sincero y honesto de un itinerario intelectual serio que ha sido animado por consideraciones éticas y evidencias empíricas.

El autor analiza los intentos y experiencias mundiales de desarrollo económico y social que han tenido lugar en los últimos años y confronta esta evaluación con las ideas y percepciones que dominaban el tema a mediados de los años 70. Son muchos los mitos y aparentes éxitos que se derrumbaron en el intertanto.

La pobreza en que gran cantidad de seres humanos vive ha sido una tenaz y moralmente inquietante realidad durante mucho tiempo. La terminología que describe tal situación, sin embargo, ha cambiado. Durante los esperanzadores días de la descolonización tras la Segunda Guerra Mundial, el "atraso" (un término que podía sugerir retraso mental) fue reemplazado por "subdesarrollo" (que implicaba sólo un retraso de tipo físico). Este "subde-

*Traducción del artículo "Underdevelopment Revisited", publicado originalmente por la revista *Commentary*, en julio de 1984. La presente versión ha sido autorizada por esa revista.

**Profesor del Boston College e investigador del American Enterprise Institute. Autor de numerosos ensayos sobre temas sociales y políticos. Entre sus libros se cuentan *Pyramids of Sacrifice*, *The Heretical Imperative* y *The War over the Family* (en colaboración con Brigitte Berger).

sarrollo" sería curado mediante el "desarrollo", a su vez identificado como "crecimiento" (tal como el niño que alcanza al adulto). El manifiesto del período fue la obra de Walt W. Rostow *Las Etapas del Crecimiento Económico*, publicada por primera vez en 1960, y que recuerda la sicología infantil de Jean Piaget, en lo que dice relación con su receta de la autoconfianza en cómo un país se desarrolla desde el "despegue" hasta la "madurez".

Entonces vinieron los últimos años de la década del 60 y los primeros del 70, cuando toda esta forma de mirar a las regiones más pobres del globo fue radicalmente desacreditada tanto en los países "subdesarrollados" propiamente tales como en los sectores de influencia académica de Occidente. No sólo los "niños" arrojaron los libros a sus "maestros", sino que muchos maestros se retractaron de su doctrina pedagógica. La frase cuasimitológica "Tercer Mundo" se puso de moda, mientras las agencias burocráticas relacionadas con las regiones más débiles se replegaron, ya sea al más optimista concepto de "países en desarrollo" o al más neutral "menos desarrollados".

En los últimos años, a medida que la redención revolucionaria del "Tercer Mundo" ha probado ser cada vez más desilusionante, el término ahora favorecido ha pasado a ser "Sur", tal como en el "Diálogo Norte/Sur". "Sur" sugiere sol, quizás abundancia natural, pero también lánguidas siestas durante el calor del día. La ambigüedad habla por sí misma.

Los cambios en la terminología reflejan, a veces, avances en el conocimiento; pero a veces sólo encubren ignorancia. ¿Cuál es el caso aquí? ¿Cuánto hemos aprendido realmente sobre la pobreza del mundo y la forma de curarla?

Si uno tiene la costumbre de escribir libros, estos libros pueden servir como hitos apropiados para medir tanto los avances en el conocimiento como la ignorancia que subsiste. Hace casi diez años exactamente publiqué *Pirámides de Sacrificio*, que era una especie de síntesis tentativa de lo que había logrado aprender respecto del "desarrollo", desde que me interesara por el tema algunos años antes. Como suele ocurrir, este libro (para sorpresa mía), aún se lee; y, lo que es más importante, refleja una etapa particular en el debate intelectual y político sobre el problema de la pobreza y el desarrollo. Por esta razón, una mirada a lo que expresé en 1974 puede ser un ejercicio útil.

Escribí *Pirámides de Sacrificio* en respuesta a dos poderosas experiencias. Una fue mi primer contacto con la pobreza del Tercer Mundo, que me impactó moral y emocionalmente. La otra fue la irrupción en el ambiente culto americano de una retórica neomarxista, que buscaba comprender las causas de la pobreza del Tercer Mundo y afirmaba tener la solución para ello. Nunca me convenció tal retórica, pero deseaba ser honesto con

ella. Más que nada, deseaba explorar, con un compromiso moral y una racionalidad escéptica, un área que en esa época estaba cubierta de emociones violentas y opiniones irracionalmente agresivas.

El libro argumentaba que tanto el capitalismo como el socialismo habían generado mitos que debían ser desenmascarados: el mito capitalista del crecimiento que confundía el incremento del PGB con el mejoramiento de la condición de los pobres, y el mito socialista de la revolución, que proporcionaba un pretexto para establecer la tiranía. En mi búsqueda para desmitificar estas ideas, el libro planteaba un enfoque abierto y no doctrinario; ni socialismo ni capitalismo, argumentaba, ofrecían una panacea. Cada país debía pensar, en términos pragmáticos, cuál sería su más adecuada estrategia de desarrollo. En lo que a criterio moral concernía, tales afirmaciones pragmáticas debían estar guiadas -pensaba- por dos cálculos básicos: un "cálculo del dolor", mediante el cual se buscaba evitar el sufrimiento humano, y un "cálculo del sentido", que definía como el respeto por los valores de los supuestos beneficiarios de las políticas en desarrollo.

Elemento fundamental del libro era una comparación entre Brasil y China, importantes ambos como el mayor caso capitalista y socialista, respectivamente. Yo había viajado extensamente por Brasil antes de escribir *Pirámides*; y aunque no había estado en China, había leído con voracidad al respecto. Concluí que ambos "modelos" debían ser rechazados, curiosamente por la misma razón. Ambos estaban dispuestos a sacrificar una generación para alcanzar algunos objetivos de desarrollo. Brasil, mediante la adopción de políticas económicas que justificaban una vasta y amarga miseria como el camino más corto para alcanzar una prosperidad de largo aliento, y China, mediante el terror y el totalitarismo. Ni los tecnócratas brasileños ni los ideólogos chinos, escribí, pueden estar seguros del eventual éxito de sus políticas. Siendo así, pierden toda autoridad moral para exigir los sacrificios que están imponiendo a sus pueblos.

Sin embargo, el libro sugería que ninguno de los casos agotaba las posibilidades de los modelos de desarrollo capitalista o socialista. El capitalismo no necesitaba ser practicado tan brutalmente como en Brasil, y podía haber un socialismo más humano que el de la China maoísta. En este contexto, dije algunas cosas positivas sobre Perú (entonces bajo la administración de tendencia izquierdista de Velasco) y Tanzania; había estado por cortos períodos en ambos lugares y me había sentido favorablemente impresionado.

Algunos de mis lectores de *Pirámides de Sacrificio* se desorientaron por mi deseo de ser imparcial con la izquierda (lo cual, prácticamente, significaba que yo tenía interés en poder seguir conversando con la mayor parte de mis colegas). Ellos entendieron el libro como una defensa del

socialismo democrático. Esa no había sido, de ninguna manera, mi intención. Lo que se interpretó, sin embargo, fue una vaga noción de una "tercera vía", quizás una suerte del llamado Modelo Mixto. Yo no tenía claro cómo sería ello; en realidad estaba muy inseguro de muchas cosas y lo admití. Sí me sentía muy seguro de dos cosas, sin embargo: que la gente no debía morir de hambre si los medios para alimentarlos estaban a mano, y que la gente no debía estar subyugada por un terror totalitario bajo ninguna circunstancia.

Obviamente, *Pirámides de Sacrificio* está actualmente obsoleto, debido a los cambios ocurridos en el mundo (a ello me refiero más adelante). Pero mirando ahora hacia atrás, estoy también impactado por los cambios que han ocurrido en mi propia perspectiva. Para decirlo de otra manera, soy mucho menos imparcial en la actualidad en mi valoración de los modelos de desarrollo capitalista y socialista: me he vuelto enfáticamente pro-capitalista. Parte de este cambio que he experimentado se debe, indudablemente, a mi experiencia personal. En 1974, excepto por un viaje a África, mi conocimiento del Tercer Mundo estaba limitado a Latinoamérica, e inevitablemente ello produjo una muy específica predisposición. En 1977, sin embargo, tuve mi primera experiencia en Asia oriental y desde entonces mi atención se ha volcado fuertemente hacia esa región. El Lejano Oriente es un territorio poco adecuado para aquellos que desean ser imparciales entre los modelos de desarrollo capitalista y socialista. Específicamente, las "historias de éxito" capitalistas en el Lejano Oriente y las lecciones que contienen deben ser encaradas por cualquiera persona reflexiva con preocupación por la pobreza del mundo.

Hablar de historias de éxito implica una definición de éxito. Y aquí yo desearía insistir en que, a lo menos, existen tres criterios para ser aplicados:

El primero, un desarrollo exitoso implica crecimiento económico sostenido y autogenerador. En este sentido, al menos, Rostow y los otros entusiastas de los años 50 estaban perfectamente bien, mientras que los teóricos posteriores del crecimiento cero estaban perfectamente equivocados. Tenemos una clara idea de cómo sería un mundo con crecimiento nulo. Se congelarían las iniquidades existentes entre ricos y pobres o se daría una violenta lucha para repartirse una torta que ya no crece. Ninguno de estos escenarios permite la menor esperanza para valores como los derechos humanos o la democracia. Las injusticias existentes tendrían que ser brutalmente defendidas o brutalmente alteradas. Me atrevería a decir que esta visión básica de la economía política es ahora ampliamente reconocida, aun por la izquierda (a excepción, quizás, de los partidarios sobrevivientes de un ecologismo romántico).

En segundo lugar, un desarrollo exitoso significa un desplazamiento permanente y en gran escala de gente que evoluciona de una situación de degradante pobreza al estándar mínimo de una vida decente. Al insistir en este punto, continúo dando crédito a la posición crítica (especialmente de la izquierda) respecto de las primitivas teorías de crecimiento, que tendían a ver el crecimiento económico como sinónimo de desarrollo, antes que como su condición previa. En este punto, los críticos tenían razón: las más impresionantes tasas de crecimiento pueden ocultar desiguales distribuciones en los beneficios del crecimiento; puede haber crecimiento sin desarrollo e incluso puede haber lo que André Gunder Frank ha llamado "el desarrollo del subdesarrollo". Brasil, en los años 70, era un impactante ejemplo de este crecimiento económico, tan mal distribuido que una abyecta miseria (medida en términos de hambre, mortalidad infantil, baja expectativa de vida y otros aspectos) no sólo se mantenía sin disminuir sino que, en partes de Brasil, empeoraba.

Podría, incluso, ir más allá, concediéndole la razón a la izquierda. Los abogados de la teología de la liberación han acuñado una frase "la opción preferencial por los pobres", la cual suena como una mala traducción al inglés de una mala traducción al español del alemán neomarxista, pero que significa, simplemente, que uno está moralmente obligado a mirar las cosas desde el punto de vista de los pobres. Hasta ahí muy bien. Después de todo, fue el Dr. Johnson, no exactamente un marxista precoz, quien dijo que "una alimentación decente para el pobre es una verdadera prueba de civilización".

Al enfocar este particular criterio para definir un desarrollo exitoso, estoy invocando, por supuesto, la idea de equidad; pero *no* invoco "igualdad", una categoría utópica que sólo sirve para confundir los problemas morales. No es equitativo ni moral que, vecinos unos a otros, algunos seres humanos se mueren de hambre mientras otros se hartan. Para hacer esta situación más equitativa y, por ende moralmente tolerable, debe detenerse la inanición, y los pobres deben llegar a ser más ricos. Este objetivo puede ser logrado sin necesidad de que los ricos se hagan más pobres. En otras palabras, no veo la necesidad de nivelar la distribución del ingreso. Las sociedades occidentales (incluyendo a los Estados Unidos) han demostrado que importantes mejoras en la situación de los pobres son factibles sin que se produzcan grandes cambios en la distribución del ingreso: los pobres pueden ser más ricos, a la vez que los ricos pueden serlo aun más. Y existen buenos fundamentos económicos para pensar que las políticas de nivelación del ingreso en el Tercer Mundo limitan el crecimiento, correspondiendo a los pobres pagar el precio más alto por tal limitación. La "igualdad" es un ideal abstracto y empíricamente oscuro;

deberá ser evitado en la evaluación del éxito o fracaso de las estrategias de desarrollo.

El tercer criterio: el desarrollo no puede ser considerado exitoso si el logro del crecimiento económico y de una equitativa distribución se alcanza al precio de violaciones masivas de los derechos humanos. El criterio se aplica por tanto a los dos sistemas de cálculo formulados en *Pirámides de Sacrificio*. En 1974 me parecía, y junto a mí a muchos otros, que China ofrecía un claro ejemplo del "cálculo del dolor". Ahora sabemos que muchos de los éxitos económicos e igualitarios de los chinos eran falsos. Sin embargo, aún creo que estaba correcto en insistir en que, *aun si* hubiese sido verdad que el maoísmo había logrado vencer el hambre entre los pobres de China, este logro no podía justificar moralmente los horrores infligidos por el régimen, horrores que significaron la muerte de millones de seres humanos y la imposición de un inmisericorde régimen totalitario a los sobrevivientes.

En lo que dice relación con el "cálculo del sentido", Irán ofrece un buen ejemplo. El régimen del Sha, indudablemente, logró crecimiento económico, mejoró la condición de muchos pobres (si bien una élite corrupta se enriqueció en el proceso), y sus violaciones de los derechos humanos, graves como eran, no se acercaron siquiera a los horrores del maoísmo (sin mencionar la pesadilla de terror del régimen de Khomeini). Sin embargo, como Grace Goodell ha señalado certeramente, las reformas de progreso del Sha aplastaron sistemáticamente las costumbres y valores de acuerdo con los cuales gran cantidad de iraníes regía sus vidas. Fue un programa de modernización rápido y coercitivo, desdeñoso de la tradición y de las instituciones ancestrales. Lógicamente, esta alianza de tecnócratas, aprovechadores y policía secreta provocó una reacción neotradicionalista. Las trágicas consecuencias que siguieron al triunfo de estos reaccionarios y el que el nuevo régimen haya empeorado la condición del pueblo iraní no puede proveer una justificación *ex post facto* de las políticas del Sha (por analogía, la revolución bolchevique fue una catástrofe para el pueblo ruso; pero de ello no podemos inferir que el zarismo, aunque en muchas cosas moralmente superior al régimen que lo sucedió, fue un sistema sabio y humano).

Deseo aclarar lo que quiero decir cuando hablo de "violaciones masivas de los derechos humanos": matanzas masivas, campos de concentración, tortura, separación de familias, intimidación omnipresente; en otras palabras, los procedimientos habituales del totalitarismo del siglo **XX**. Pero debería señalar, a la vez, que *no* incluyo a la democracia como un elemento necesario en este criterio de desarrollo exitoso. La democracia es la mejor forma de gobierno existente en el mundo moderno; más aún, considero que es la única capaz de asegurar la protección de los derechos humanos en las

actuales condiciones.¹ En el largo plazo, pienso que democracia y desarrollo son realidades entrelazadas necesariamente. Al mismo tiempo, lamentablemente, no puede sostenerse que la democracia sea indispensable para un desarrollo exitoso.

Premunidos de estos criterios para el desarrollo, podemos ahora revisar la evidencia acumulada en los últimos diez años. Quizás el punto más importante de esta evidencia es negativo: la ausencia de siquiera un caso de desarrollo socialista exitoso en el Tercer Mundo.

Ya a comienzos de los años 70 existían antecedentes en orden a que el socialismo no era bueno para el crecimiento económico, y también a que tenía una inquietante tendencia hacia el totalitarismo (con su acostumbrado acompañamiento de terror). Lo que ha quedado en claro es que el socialismo fracasa, incluso, en cumplir sus propias promesas igualitarias (el segundo criterio de éxito antes indicado). País tras país, la igualdad socialista ha significado la nivelación hacia abajo de la mayor parte de su población, la que es, entonces, dirigida por un élite altamente privilegiada y, obviamente, no nivelada.

Puesto en términos simples, la igualdad socialista consiste en una pobreza compartida por los siervos, acompañada del monopolio, tanto de los privilegios como del poder, por parte de una aristocracia minoritaria (cada vez más hereditaria). De que ello era así en la Unión Soviética había sido incluso reconocido por la mayor parte de los izquierdistas occidentales y del Tercer Mundo, a fines de los años 60 y comienzos de los 70. Lo que ahora es evidente es que un sistema similar a la *nomenklatura* soviética surge invariablemente dondequiera el socialismo se extiende. Así ha sucedido en China, en Vietnam, en Cuba y, en menor medida, en experimentos socialistas en Angola y Mozambique. Ninguno de estos países, ni siquiera Cuba, está directa o totalmente bajo el esquema soviético. Pero parece ser el intrínseco genio del socialismo el que produce estas reproducciones modernas del feudalismo.

El hecho es que no existe ni siquiera un solo caso de socialismo con desarrollo económico exitoso, y el socialismo no totalitario está tendiendo a desaparecer. (Las democracias sociales de Occidente no deben ser consideradas bajo el concepto de socialismo). Los fracasos monumentales del maoísmo, fracasos informados al mundo no sólo por sus enemigos sino en forma directa por el propio Pekín, han causado profunda impresión en Asia; también lo han producido los horrores de la revolución socialista triunfante en Indochina. En Asia, más que en ninguna otra parte del Tercer Mundo,

¹ Lo he explicado con más detalle en el trabajo "Democracy for Everyone?" *Commentary* (septiembre 1983).

aparece ahora una nueva apertura hacia la posibilidad de establecer modelos capitalistas, aun cuando la palabra es evitada cuidadosamente, siendo reemplazada por expresiones como "mecanismos de mercado" o eufemismos como "pluralismo". El cambio radical de un modelo socialista a uno capitalista en Sri Lanka ilustra esta tendencia, especialmente porque fue el resultado de un debate abierto y de políticas democráticas.

Los dos casos analizados en *Pirámides de Sacrificio*, Perú y Tanzania, tienen una interesante conexión. Los experimentos socialistas del régimen de Velasco terminaron en un desastre económico, tras el cual, prudentemente, los militares devolvieron el lío a un gobierno civil, que puso fin al experimento. Sin embargo, no está claro hasta qué punto puedan serle imputados a la corta y limitada experiencia socialista de Velasco los problemas económicos que la antecedieron.

El caso de Tanzania -un fiasco económico- es mucho más instructivo. Tenemos aquí un país que, a comienzos de los años 70, tenía muchas posibilidades; contaba con recursos razonablemente buenos (especialmente en agricultura), con un gobierno dudosamente democrático pero relativamente humanitario encabezado por Julius Nyerere, un líder inteligente y carismático, de acuerdo con la mayoría de los estándares y libre de dominación extranjera. Incluso más, Tanzania era desde hacía tiempo el regalón de las instituciones de ayuda al desarrollo, que inyectaron grandes cantidades de recursos al país. Independientemente de lo que se pueda decir de los fracasos políticos y económicos de Tanzania, ellos no pueden imputarse a un liderazgo corrupto, a una mala influencia soviética o a políticas hostiles o desestabilizadoras del capitalismo occidental. El fiasco fue hecho en casa.

El muy publicitado programa Ujamaa de agricultura socialista casi logró destruir la productividad agrícola de Tanzania. A medida que el programa fracasaba en el plano económico, se volvía cada vez más opresivo. El gobierno había tratado al comienzo de convencer a los campesinos de trasladarse a las aldeas ujamanes mediante incentivos; a fines de los años 70, comenzó a ser aplicada la fuerza. En cuanto al sector no agrícola de la economía, muy pequeño para comenzar, los organismos paraestatales que lo operaban lograron su aniquilación. Este fracaso particular se vio aumentado por las sistemáticas presiones a que fue sometida la minoría india, la cual (en Tanzania como en otros países del África oriental) incluye la mayor parte de la clase empresarial. No es sorprendente, entonces, que los fracasos económicos hayan ido de la mano con una creciente represión política; Tanzania es en la actualidad mucho menos democrática y humana de lo que fue en 1974.

Los acontecimientos en China y Brasil, los dos países tratados extensamente en *Pirámides de Sacrificio*, han sido trascendentales. En el libro yo

había rechazado el modelo maoísta debido a su costo humano; ahora el modelo también debía ser rechazado por los costos producidos por el desmanejo económico y social. Para decirlo de otra forma, había rechazado el maoísmo por razones no maoístas, en tanto que ahora puede mostrarse que ha fracasado, incluso, de acuerdo a su propio criterio de éxito.

Brasil es un caso más complicado. Antes de la crisis del petróleo y la consiguiente crisis de la deuda, existieron algunas modestas señales de una más equitativa distribución de los beneficios del crecimiento. También se había producido el impresionante paso de una rígida dictadura militar hacia una democracia. Es digno de ser destacado que Fernando Henrique Cardoso, el padre de la teoría de la "dependencia latinoamericana", sea actualmente un senador federal del principal partido de oposición y que hable en tono más moderado, en lugar de usar la estridente retórica neomarxista de comienzos de los años 70. En todo caso, por el criterio antes indicado, Brasil no puede ser señalado como un caso de desarrollo exitoso..., y tampoco (aun) puede ser considerado como argumento en favor del capitalismo.

Otro caso en América, el de Jamaica, es interesante porque (como Sri Lanka) abruptamente se desvió de un curso socialista a uno capitalista, y ello fue el resultado de políticas democráticas. Jamaica, sin embargo, está acosada por múltiples problemas; el experimento capitalista del régimen de Seaga es aún muy nuevo y el lugar que corresponde a tal experimento permanece incierto.

Varios otros casos (tales como Costa de Marfil) son a veces citados en favor del capitalismo. Pero aparte de ellos, las historias de éxito más dramáticas y convincentes en la actualidad y las que ofrecen la defensa más fuerte del capitalismo, son las del Lejano Oriente.

Está, en primer lugar, el asombroso caso de Japón. Ciertamente, nadie mira hoy a Japón sino como una sociedad altamente industrializada y, en alguna forma, más exitosa que muchas sociedades de Norteamérica y Europa occidental. Este solo logro, sin embargo, es el que hace a Japón crucial para cualquier teoría responsable de desarrollo. Tenemos aquí la única sociedad no occidental que se ha desplazado desde el subdesarrollo a una completa modernización, en el curso de un siglo. Además, cualesquiera sean las variables en juego (políticas, culturales, geográficas y otras), Japón es una exitosa sociedad *capitalista*. ¿Cómo lo lograron los japoneses? Y ¿pueden otros aprender de su éxito? No es sorprendente, entonces, que los políticos e intelectuales del Tercer Mundo, incluso en países que tienen razones para temer el poderío japonés, como los de Asia suroriental, hablen del "modelo japonés" como algo digno de ser admirado y emulado.

Pero Japón no está solo en su historia de éxito. Hay otros cuatro países, que podríamos llamar la medialuna de la prosperidad asiática. Corea

del Sur, Taiwan, Hong Kong y Singapur. A pesar de existir importantes diferencias entre ellos, cada uno ha empleado una estrategia exuberantemente capitalista para salir del subdesarrollo, para pasar a un nuevo status denominado "Nuevos Países Industrializados".² Y ello ha sucedido, con abismante rapidez y perfección, en el curso de dos décadas. No tiene sentido pensar que tales países puedan pertenecer al Tercer Mundo (aunque Hong Kong, dependiendo de la política que China adopte a su respecto, podría volver al subdesarrollo en el futuro cercano). Existen, incluso, fundamentos para pensar que su prosperidad se está extendiendo a otros países, especialmente de Asia sudoriental (como Malasia, Tailandia y, posiblemente, Indonesia).

Corea del Sur, Taiwan, Hong Kong y Singapur han tenido éxito según los tres criterios antes enunciados. Su promedio de crecimiento económico sigue siendo notable. Han eliminado de sus territorios la miseria característica del Tercer Mundo. Lo que es más, (especialmente Taiwan y Corea del Sur) han desafiado decididamente a la llamada "curva de Kuznets", al combinar alto crecimiento con una distribución del ingreso altamente igualitaria. Sus regímenes, aunque no democráticos, son autoritarios en una forma generalmente benigna (en particular cuando se los compara con otros de la región).

Estos cuatro países, de los cuales solamente uno, la República de Singapur, opera dentro del sistema de las Naciones Unidas, están llamando la atención en forma creciente a los analistas del desarrollo, y son cada vez más citados como experiencias dignas de imitación. Los cuatro constituyen la más importante evidencia en favor de la vía capitalista de desarrollo.

¿Qué sabemos, entonces, actualmente sobre el desarrollo? Sabemos, o deberíamos saber, que el socialismo es un espejismo que no conduce a ninguna parte, excepto a un estancamiento económico, pobreza colectiva y distintos grados de tiranía. También sabemos que el capitalismo ha sido dramáticamente exitoso, si bien en un número limitado de países. Es innecesario decirlo, también sabemos que el capitalismo ha fracasado en una cantidad mayor de casos. Lo que *no* sabemos es por qué esto es así.

Creo que el tema del socialismo debería dejarse de lado, para bien, en cualquiera discusión seria sobre desarrollo; pertenece, si hay que ubicarlo en alguna parte, al campo de la patología política o *Ideologiekritik*. La pregunta que sí debería ser de candente urgencia (tanto teórica como práctica), es por qué el capitalismo ha tenido éxito en algunos lugares y ha fracasado en otros. ¿Cuáles son las variables del éxito o el fracaso? Esa es la pregunta crucial.

²N. del T.: "New Industrialized Country" (NIC).

Las historias de éxito en el Lejano Oriente pueden, muy comprensiblemente, haber llevado a algunos analistas a pensar que un importante factor causal pudiera ser la cultura de la región. Una hipótesis "post-confucianista" plantea que todas las sociedades y grupos étnicos exitosos (especialmente de chinos en ultramar) comparten una ética económica derivada de las enseñanzas de Confucio, hipótesis planteada, al parecer, como un equivalente funcional de la teoría de Max Weber sobre la "ética protestante". Pero la doctrina de Confucio no es el único elemento cultural que puede ser relevante. Otros pueden incluir las tradiciones políticas de Asia oriental, patrones de organización familiar y social y diferentes componentes de la herencia religiosa de la zona (como el budismo mahayana).

No es necesario ser discípulo de Weber para desear que tales hipótesis sean estudiadas. En verdad, si se está interesado en el desarrollo del Tercer Mundo en general, a uno le encantaría verlas probadas falsas, no por antagonismo contra el Asia oriental, sino porque las historias de éxito de allí sólo podrán transformarse en modelos para otras partes del mundo si no dependen de un factor cultural que no sea exportable. Se puede aconsejar a un país africano que adopte las políticas económicas de Corea del Sur, pero no sería factible indicar a los africanos que adoptaran la cultura coreana.

En *Pirámides de Sacrificio* señalé "un postulado de ignorancia": estamos obligados a actuar políticamente, aunque desconocemos muchos de los factores determinantes de la situación en que nosotros mismos nos encontramos. Formulé este postulado en el contexto de recomendar una vía de aproximación no doctrinaria a la política de desarrollo. Yo lo reiteraría hoy. En la actualidad somos menos ignorantes de lo que éramos hace diez años, pero aún queda mucho que no sabemos. Los que tienen la responsabilidad política en asuntos de desarrollo, sin embargo, no tienen la posibilidad del científico social que siempre puede decir que se requiere de investigación adicional. La ciencia es, en principio, infinitamente paciente; los políticos deben actuar frente a las urgencias del momento. En una situación de este tipo, el político moralmente sensible debería estar plenamente consciente de que, según sea lo que resuelva hacer -y a menudo el abanico de posibilidades es muy limitado- estará apostando. La evidencia actual sugiere, claramente, que es más seguro apostar al capitalismo. D